

Sylvie Steinberg (dir.), *Une histoire des sexualités*. París: Presses Universitaires de France/Humensis, 2018, 518 p.

Reseñar una obra colectiva de tan amplio alcance, como ésta, escrita por cinco conocidos historiadores franceses, especialistas en ese “hecho social total” que es la sexualidad, resulta siempre un reto.¹ Pareciera que sobre este tema ya todo ha sido dicho. Sin embargo, la originalidad de *Une histoire des sexualités* no radica sólo en la riqueza documental de sus apartados, sino también en su mirada. La sexualidad, como sabemos, se sitúa en la intersección de múltiples acercamientos históricos, sociales, antropológicos, culturales, lingüísticos; pero



¹ Sandra Boehringler estudia las sociedades antiguas de Grecia y Roma; Didier Lett se consagra al Occidente medieval; Sylvie Steinberg analiza del Renacimiento a la época de las Luces; el siglo XIX es examinado por Gabrielle Houbre, y Christine Bard se ocupa de revisar la época que va del siglo XX a nuestros días.

éstos —como lo demostraron hace años las historiadoras de las mujeres— casi siempre han sido elaborados a través de la mirada masculina, genérica, seducida, fascinada, condescendiente, divertida o normativa, como se han catalogado las relaciones amorosas y las prácticas sexuales en el transcurso de la historia.²

Si desde el presente miramos hacia atrás, la historia de las sexualidades propuesta en esta obra incorpora las nóveles herramientas forjadas por la historia de género. Cada sección pretende exhumar el sentido que las categorías *sexo* y *género* pudieron haber tenido por parte de las actrices y los actores del pasado, resaltando el carácter cultural de los hechos, durante tanto tiempo asumidos como naturales, así como repensando, desde el presente, nociones como *jerarquía*, *dominación*, *discriminación*, *igualdad*, *desigualdad*, *libertad*, *revolución*, *utopía*, *democracia*.

El siglo XIX nos heredó una multiplicidad de imágenes en torno a la



2 Ha sido fundamental, en ese sentido, la *Historia de las mujeres en Occidente*, dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot, en 4 volúmenes (Madrid: Taurus, 1993; la 1ª edición en italiano, 1990).

sexualidad conyugal, extraconyugal y prostitucional, con el triunfo de la medicina y el surgimiento de las disciplinas académicas consagradas a la exploración de la vida sexual. Fue en ese momento cuando apareció la palabra *sexualidad*, como una actividad específica y delimitada con taxonomías nuevas que designan prácticas y perversiones.

En la década de 1970, la obra de Michel Foucault puso de manifiesto la producción de esos discursos que “inventarán” la sexualidad. Por su parte, su contemporáneo y amigo, el historiador Paul Veyne, aportó reflexiones fundamentales respecto al sentido de las palabras que las sociedades antiguas utilizaron para designar las actividades sexuales, así como en torno a las categorías de aprehensión de la sexualidad en las sociedades que se sitúan “before sexuality”.³



3 Steinberg lo escribe en inglés, porque así fue intitulada la obra: *Before Sexuality. The Construction of Erotic Experience in the Ancient Greek World*, editada por David M. Halperin, John J. Winkler y Froma I. Zeitlin (Princeton: Princeton University Press, 1990). Recordó también la influencia que tanto Foucault como Veyne tuvieron en Estados

¿Cómo pensar, por ejemplo, las relaciones entre personas del mismo sexo, en sociedades en las que no había una terminología específica para designar esas prácticas ni definir las identidades homosexuales? En ese sentido, ha sido importante mostrar las complejas adaptaciones de las normas e imaginarios antiguos sobre el matrimonio y la sexualidad, en el reciclaje que llevó a cabo el derecho canónico medieval de la jurisprudencia romana. Hasta bien entrado el siglo XVIII todavía podríamos referirnos perfectamente a las sociedades modernas como “before homo-sexuality”, porque es sólo en fecha muy reciente que podemos ligar la práctica sexual a la identidad de la persona.

Es probable que los antiguos no llamaran ciertos comportamientos como *sexualidad*, sino como *política* o *educación*. Así, si bien las fuentes para acercarse a la antigüedad pagana son escasas, Sandra Boehringer logra hacernos oír, mediante algunos poemas, cantos ejecutados por jóvenes mujeres en los que se revela un fuerte sentimiento homoerótico. La autora demuestra que Safo nunca expresó ningún sentimiento de vergüenza o culpa por el amor entre mujeres. El aspecto no genérico de las

sensaciones descritas por Safo, célebre durante la Antigüedad, manifiestan que la diferencia entre la pasión por una mujer o por un hombre era poco pertinente. Esa dimensión transgénero del sentimiento amoroso se deja leer también en la “poesía del Banquete”, cantada por los ciudadanos. En realidad, en la Grecia antigua, ni el sexo de la pareja ni el tipo de práctica sexual eran condenadas, sino ciertas formas de relacionarse en determinados contextos sociales o en periodos específicos de la historia.

La relación entre un ciudadano y un joven futuro ciudadano, está muy atestada en las fuentes. Los poemas eróticos entre ellos son numerosos. Es interesante constatar que el término *paidierastia* era escasamente utilizado en la época clásica. Los griegos hablan de *erôs*, en general, de amantes (*erastês*) y de amados (*erômenos*), sin referirse a la edad o al sexo de la persona amada. Así, si las prácticas que ahora definimos como pederásticas aparecen con frecuencia en los documentos, los griegos no se veían como pederastas u homosexuales. Las personas que practicaban esas relaciones no tenían la sensación de poseer una identidad particular ni una cultura específica.

Lo que causaba oprobio no estaba ligado a la orientación sexual, sino a las formas de comportamiento particular, como gastar excesivamente en prostitu-



Unidos, donde fueron profesores invitados en diversas ocasiones.

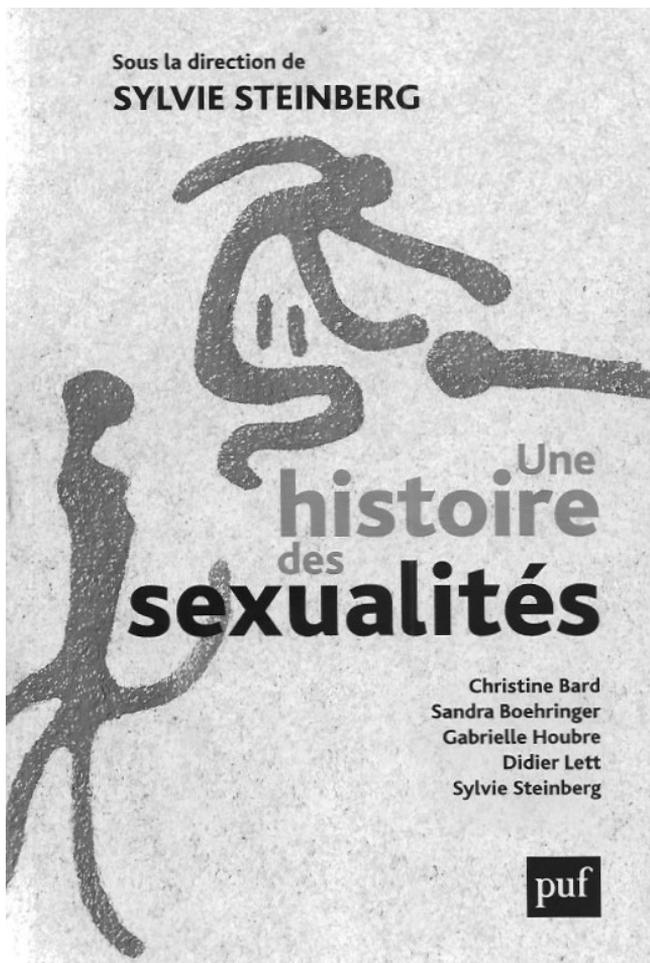
tas o ser un ciudadano al que le gustara ser penetrado, lo cual era visto como una debilidad cívica. La virilidad ciudadana imponía múltiples obligaciones a los hombres, mucho antes de la invención del pecado.

En la cultura romana pagana, la división entre hombres y mujeres está muy por detrás de la división entre los *ingenui*, hombres y mujeres nacidos libres, y el resto de la población: esclavos, libertos, extranjeros. Los romanos se definían más por su rango social que por su sexo; así, una matrona del orden senatorial estaba mucho más cercana a su esposo que a una romana pobre libre o a una esclava.

La mayoría de los poemas que exaltan el amor y el erotismo no se refieren a parejas casadas. Ni la pasión erótica ni el amor estaban en el centro de una pareja romana. El matrimonio, *coniubium*, era el vínculo entre dos familias y tenía como objetivo primordial la

transmisión del patrimonio; pero ello concernía a una minoría. Las mujeres casadas entre los 12 y los 14 años pasaban de las manos del padre a las del marido, y nunca gozaron de los mismos derechos.

Si algunos historiadores afirman que, en los siglos I y II d. C., la emergen-



cia de una cultura cristiana conduciría a una revalorización del matrimonio y a un mayor erotismo entre los esposos, Foucault y Veyne, al contrario, vieron en ese fenómeno la continuación de una filosofía estoica pagana que exigiría más templanza y control de sí. A partir del siglo IV, la publicación de leyes que condenaban las prácticas de hombres penetrados por otros hombres también es calificada por Foucault como una modificación de la relación a sí mismo, debido a la evolución de una ética pagana y no tanto a la moral cristiana.

Para Didier Lett, los diez siglos que abarcarían la Edad Media, del V al XV, presentan una evolución significativa en cuanto a la sexualidad, en la que es fundamental considerar el peso de la nueva religión, con su noción de *pecado*, atado irremediamente a la sexualidad, así como la rígida jerarquización entre el dominio espiritual (superior) y el carnal (inferior). Como la historia de las sexualidades fue escrita a partir de fuentes eclesiásticas-normativas, muchos historiadores, anclados en el mundo católico, pensaron que las prescripciones eran lo mismo que las prácticas. Por ello, la única sexualidad tratada fue la heterosexual, centrada en el matrimonio, sobre todo desde el siglo XII, cuando la Iglesia instauró el matrimonio como sacramento, esencial para el control social.

Para los medievales, no había distinción entre sexo, género y sexualidad. La diferencia sexual estaba inscrita en el cuerpo, y la sociedad construyó un discurso a partir de ese dato “natural”, atribuyendo a cada sexo una identidad y características calificadas como *femeninas* o *masculinas*. Existía un lazo intrínseco entre coito, deseo y procreación; por ello, la única sexualidad aceptable era la que se daba en el seno matrimonial legítimo, es decir, entre personas de sexos diferentes. En 1179, en el III Concilio de Letrán se reafirmó el concepto de *acto vs natura*, que designaba cualquier actividad sexual no procreativa. Los padres de la Iglesia condenaron fuertemente el placer, que no existía en el mundo ideal del Paraíso. La masturbación, la felación y la sodomía serán juzgados como crímenes contra natura, y los excesos sexuales como causantes de diferentes enfermedades.

Sin embargo, a finales de la Edad Media, la influencia del pensamiento árabe rehabilitó un tanto el placer sexual. Galeno e Hipócrates, los dos grandes médicos de la Antigüedad que influyeron más allá del pensamiento medieval, pensaban que hombres y mujeres emitían semen durante el coito, lo cual era indispensable para tener buena salud y, sobre todo, para concebir a un producto sano.

Sylvie Steinberg analiza cómo el redescubrimiento de las obras filosófi-

cas, literarias, jurídicas y médicas de la antigüedad greco-romana, en el siglo XVI, se hace a la par de la rehabilitación de los cánones estéticos antiguos, lo que permitió el surgimiento de una nueva mirada del cuerpo y la sexualidad. Así, los artistas renuevan los motivos visuales del erotismo, influenciados también por los anatomistas, que ya practican la disección de los cuerpos.

La conquista de Nuevos Mundos confrontó a los hombres y mujeres del Renacimiento con costumbres y prácticas sexuales diferentes a las suyas, pero, en vez de relativizar sus propios valores morales, misioneros y conquistadores impusieron a poblaciones muy diversas el matrimonio cristiano y las costumbres sexuales europeas. El Nuevo Mundo se convirtió, a su vez, en la trama de fantasías sexuales, en las que la inversión de los roles entre hombres y mujeres o de relaciones entre personas del mismo sexo fueron centrales.

Europa, por su parte, fue escenario de una profunda conmoción en materia religiosa. Tanto católicos como protestantes desarrollaron estrictas medidas para controlar la sexualidad de sus sociedades; pero, si aquéllas se fueron haciendo más severas en el transcurso del siglo XVII, Steinberg se pregunta si efectivamente lograron transformar la sexualidad de los europeos, pues otra importante corriente termina por germinar en el Siglo de las

Luces: el libertinaje parece apoderarse de la sociedad, que pretende abocarse libremente al placer limitando el tamaño de su descendencia, al mismo tiempo que desafía las prohibiciones religiosas, denuncia los prejuicios y cuestiona los valores morales tradicionales. Steinberg analiza detalladamente las múltiples significaciones que adquirió el libertinaje entre las capas sociales parisinas, mediante la plétora de discursos emitidos y que obtienen voz a través de los diarios íntimos, las memorias y la correspondencia. La limitación de los nacimientos, la disociación entre placer sexual y concepción, así como la politización de la cuestión sexual, después de la Revolución francesa, permitirán dar cuenta de las diferentes interpretaciones acerca del libertinaje en términos culturales: desde quienes ven en ello la marca de la dominación de los hombres sobre las mujeres, hasta los que lo califican de revolución sexual.

El siglo XIX, escribe Gabrielle Houbre, parafraseando a Foucault, estará marcado por el creciente biopoder médico, que culminará en Francia alrededor de 1880. Dos nuevos vocablos aparecen en la terminología médica: el de *sexualidad*, en la primera mitad del XIX, y el de *sexología*, a principios del XX, cuando la ciencia de la sexualidad se constituye en el Hexágono, influenciada por la medicina alemana. Serán los médicos quienes produzcan los discursos

y las prácticas que medicalizarán la sexualidad, así como los saberes en los que la norma se convertirá en ley. Para la regulación social y el control de la sexualidad, diferenciarán lo normal de lo patológico, en donde situarán a la homosexualidad. En concordancia con el discurso clerical, promoverán una sexualidad conyugal con fines reproductivos. Discurso eminentemente masculino el de los galenos, que retomarán del siglo anterior la puntillosa diferenciación entre los sexos y el “natural” dominio de los hombres sobre las mujeres, generalizando una “naturaleza” femenina vulnerable y sensitiva dependiente de la fuerza y la razón masculinas.

Houbre analiza la cuestión del aprendizaje de la sexualidad según el sexo y el medio social, en sintonía con esa medicina. Los pedagogos impondrán para las niñas una educación basada en la inocencia y la virginidad. Si las jovencitas de la burguesía y la aristocracia descubren brutalmente la sexualidad durante la noche de bodas, las campesinas y las obreras experimentan relaciones con su cuerpo y su sexualidad desde edades más tempranas y con mayor libertad. Para los jóvenes, la construcción de la virilidad les permitirá un ejercicio de la sexualidad prenupcial, siempre que sigan la norma heterosexual. Habrá que esperar hasta finales del XIX para que Freud enuncie

que la satisfacción es el principal objetivo del impulso sexual. En las prácticas, la búsqueda del placer se desplazará del matrimonio hacia el adulterio y la prostitución, y la pornografía se desarrollará gracias a la fotografía.

La perspectiva de género es indispensable para deconstruir la pléyade de discursos emitidos en un siglo en el que las violencias y los crímenes sexuales cotidianos sufridos por mujeres y niños penaron durante largo tiempo para ser reconocidos como tales.

Christiane Bard analiza los siglos XX y XXI, a través del prisma de la revolución sexual en el momento en el que la cuestión sexual se politiza. Aunque su interés central es Francia, no puede dejar de reconocer la influencia que tuvo Estados Unidos. El libro señero de Wilhelm Reich⁴ expone las relaciones entre la represión de la sexualidad y la autoridad, esbozando el ideal de la liberación humana por medio de la libre expresión de la libido y la energía orgásmica. Esta expresión utilizada en la década de 1920 por la militante bolchevique Alejandra Kollontai, quien mostró una sensibilidad aguda, diferente a la de los marxistas de su época y más parecida a



4 *La revolución sexual* se publicó originalmente en 1936, en alemán, con el título de *La sexualidad en el combate cultural*. Apareció en inglés en 1945 y en francés hasta 1968.

lo que la socialista francesa Madeleine Pelletier preconizaba, en 1911, en su *Derecho al aborto y la emancipación sexual de la mujer*. Y es que las raíces políticas e intelectuales de la revolución sexual de la década de 1960 emergen de la efervescencia de principios de siglo, teatro de una primera revolución sexual en la que ya se hablaba de la crisis de la familia y que permitió que múltiples mujeres independientes escogieran el celibato.

Durante cerca de cincuenta años, de 1880 a 1930, diversos movimientos sociales plantearon audaces reformas sexuales y societales. Si la emancipación de las mujeres representó entonces uno de los mayores retos, la manera de llevarla a cabo no fue unánime. Las feministas se preguntaban si, para llegar a ser verdaderos sujetos, no era preferible empezar por asegurar a las mujeres la igualdad política y económica, garantizar su acceso a la educación, suprimir la prostitución. En aquellos tiempos, la libertad sexual se topaba de frente con el riesgo de los embarazos no deseados. El movimiento neomaltusiano a favor del derecho a la contracepción, de inspiración anarquista, fue explícitamente portador de un ideal de revolución sexual, pero fue perseguido con dureza por las fuerzas conservadoras.

Otro movimiento de emancipación sexual fue el de la despenalización de la homosexualidad. Al mismo tiempo

que insistía en la importancia de la represión sexual en las psicopatologías, el psicoanálisis era ampliamente criticado como pseudociencia judía decadente por la extrema derecha antisemita y los defensores de la moral cristiana.

La llegada del fascismo y el estalinismo a Europa acabaron con los pilares de aquella primera y prometedor revolución. Tanto en Estados Unidos como en los regímenes comunistas, la represión de las minorías sexuales, raciales y de género se prolongó durante décadas, mientras que la Guerra Fría y las luchas por la descolonización opacaron la necesidad de la emancipación sexual. Sin embargo, la secularización de las costumbres siguió su curso y logró una transformación duradera para la sexualidad de las sociedades occidentales.

Desde el mundo anglosajón llegó a Francia el concepto de *género*, que apuntala la invitación —la cual ya había hecho Simone de Beauvoir desde mediados de siglo— para rechazar y repensar los roles prescritos para cada sexo. Ya para finales del xx, la sociología afirma que la sexualidad es una construcción social, que necesariamente implica un aprendizaje y la coordinación de una actividad mental, con una corporal y una interacción social. Los estudios sobre esta construcción serán plétora y se desplegarán en todas las disciplinas sociales, en los estudios sobre el género y los *women's studies*, así como

en la intensa movilización social de las minorías sexuales, las cuales transformaron radicalmente el acercamiento a la sexualidad y han dado cabida a los estudios *queer*, LGBT y *cis*.

Bard se pregunta por los alcances de esta liberalización sexual cuando surgen a la luz pública las grandes controversias sociales alrededor de temas candentes y acuciantes como la pornografía, la prostitución, las violencias sexuales, la pedofilia, pues, si la sexualidad está moldeada por el género, también lo está por las relaciones de dominación. Si las víctimas de violaciones comienzan por fin a ser escuchadas, los sacerdotes pedófilos, por ejemplo, aún gozan de la impunidad que les otorga su estado.

Como toda “revolución”, la sexual tuvo una dimensión utópica: la superación de todas las determinaciones sociales en el encuentro sexual; en ese

sentido, parece que la mundialización contribuyó a que esa utopía pudiera convertirse en una realidad para muchos. El mestizaje logró trasgredir también poderosas prohibiciones, tanto interraciales como interreligiosas.

Existen diversas voces críticas que ven en la revolución sexual una trampa del capitalismo, una “importación americana”: si algo resulta evidente es que esa revolución fue una invención occidental. Por ello, los feminismos descoloniales —o “de color”— se preguntan por qué las feministas de la década de 1970 no denunciaron las esterilizaciones forzadas y masivas llevadas a cabo por el Estado francés en sus colonias. Esta crítica “intersectorial”, que enfatiza la imbricación de diferentes relaciones de dominación, tardó mucho tiempo en ser escuchada.

Por otra parte, la tesis —muy criticada en el medio científico— que

afirma que la libertad sexual es uno de los tesoros más preciados de Occidente (los buenos) y que se ve amenazado por bárbaros con costumbres arcaicas (los malos), es manejada por las extremas derechas que azuzan el temor a “la amenaza islámica” en Europa.

La politización de la sexualidad es vital dentro de las organizaciones internacionales. Mientras que el conservadurismo político se refuerza en el mundo para frenar la “perniciosa ideología de género”, millones de mujeres siguen privadas del derecho a la anticoncepción y mueren en abortos clandestinos, y la homosexualidad sigue siendo castigada con la pena de muerte en muchos países.

Espero haber logrado mostrar que los aportes de este libro son múltiples. Su profunda mirada histórica nos permite concluir de manera optimista. Si la

sexualidad es siempre construida y se ve atravesada por controles externos o internos, según las exigencias sociales que nos regulan, podemos considerar como logros verdaderamente revolucionarios el control de la fecundidad, la crítica y el rechazo a la dominación masculina, la despatologización de las homosexualidades, así como la generación de nuevas y diversas formas de amar.

FERNANDA NÚÑEZ BECERRA

ORCID.ORG/0000-0001-8705-4201

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA,
XALAPA

fnunezbecerra@gmail.com

D. R. © Fernanda Núñez Becerra, Ciudad de México, julio-diciembre, 2020.